
LA SONRISA Y EL DESDEN: JOSE LUIS LOPEZ ARANGUREN. «IN MEMORIAM»

José Enrique Rodríguez Ibáñez
Universidad Complutense de Madrid

Dotado de una independencia de criterio a prueba de vendaval, hombre de carácter singular —cruce de sangres vasca y castellana vieja—, leal en sus afectos y tenaz en sus inquinas, intelectual riguroso y vitalista jovial, crítico sin aspavientos, emblema de la moralidad ciudadana, tierno y adusto, cautivador y distante, irónico y respetuoso, escéptico y creyente, liberal, «solitario y solidario», en fin, como él gustaba de definirse a sí mismo, se nos ha ido José Luis Aranguren, maestro del pensamiento y figura irrepetible de la cultura española de la segunda mitad del siglo XX.

Quienes hayan tenido la suerte de contar con su amistad —y aun, como yo, de entrar putativamente en el círculo más íntimo de su familia—, convendrán conmigo en que las simples reacciones y evoluciones del semblante de Aranguren constituían el mejor trasunto de su método de reflexión. A un inicial rictus de estupor ante lo todavía desconocido, sucedía, dependiendo del cariz de lo percibido, bien una amplia sonrisa de aceptación, bien un gesto de desdén. Esa clave de su conducta personal, que tan bien supo retratar Domingo García Sabell, reproduce el itinerario filosófico vertido por el autor en su obra: curiosidad sin límites en cuanto a hipótesis de trabajo, fina selección de problemas y hallazgos, firme poder de convicción en las apreciaciones, discrepancias y conclusiones. Igual que en Ortega —a quien Aranguren leyó y reivindicó en todo momento—, el «cómo» llega a ser tan importante como el «qué», añadiéndose además a ello una vocación de depuración estilística que, a

diferencia del torrencial Ortega, acerca a la prosa arangureniana a la concisión conceptual de su admirado Baltasar Gracián.

Como los héroes de Graham Greene, con los que tanto se identificó, Aranguren llevó una vida plural y a veces contradictoria, dominada a la larga por dos fidelidades: el respeto a la dignidad de la persona y la huida de toda retórica. Un fondo de cristianismo heterodoxo al que supo dotar de amalgama biográfica mediante un determinado talante dialogador y mayéutico.

He traído a colación deliberadamente la palabra «talante», una de las más queridas a Aranguren, porque ella, sin duda, representa el arco de bóveda del pensamiento del autor. «Talante» como único espejo vivido de sistemas filosóficos y moralidades. Talante como ejemplaridad, intersubjetividad y temporalidad. Talante como campo empírico por excelencia para la investigación teórica.

Ya en su clásico sobre catolicismo y protestantismo, destacaba Aranguren que estas dos variantes del cristianismo sólo pueden entenderse a modo de «formas de existencia» o respuestas vitales a las demandas de gracia y salvación. Por su parte, en la *Ética* —su obra más sistemática—, la «moral como estructura» queda siempre referida a una «moral como contenido», sin la cual no pasaría de vacua letra, adentrándose a la vez la discusión por el terreno de arquetipos literarios que se erigen en situaciones ideales de las conductas humanas. Finalmente, *Ética y política* —probablemente el mejor y más ágil compendio del pensamiento de Aranguren— se abre con una honda indagación en torno a la mediación inseparable que existe entre lo social y lo personal. Se trata de una continuidad entre persona y sociedad que el autor aprobaba en el plano intelectual, aunque en el plano de la realidad admitiera que estaba siempre sometida al misterio y a las paradojas de la existencia. Quien desee corroborar este juicio no tiene más que acudir a la bellísima «Meditación de “El Zerezo”» —su finca abulense, llamada así, adrede, con dos zetas—, un fragmento de lírico desahogo contenido en el libro *Crítica y meditación*, en el que Aranguren cavila, con innegables tonos simmelianos, sobre la distancia, y a la par proximidad, que separa y une simultáneamente al tiempo histórico —entonces, la guerra de Corea— y al tiempo efímero del apacible verano familiar, cuando los hijos e hijas son muy jóvenes y tan sólo auguran la problematicidad del adulto.

Con estas pistas que he tratado de desvelar, está claro que podemos emparejar a Aranguren con la filosofía existencial. De hecho, él nunca ocultó su respeto por Heidegger, quien, al margen de la disparatada postura política que adoptó, encarnaría el más acusado radicalismo antihistoricista. Es Heidegger el que, para Aranguren, revoluciona epistemológicamente el pensamiento alemán contemporáneo, y no tanto Adorno o Horkheimer, a pesar de la mayor aceptación o popularidad de estos últimos (otra cosa, naturalmente, es que el autor preconizara que el programa existencial debe circunstanciarse constantemente en los contextos sociopolíticos en los que opera, y aquí sí que estaría de acuerdo con el método «crítico» o «teórico-práctico» de los clásicos citados de la Escuela de Frankfurt). De manera parecida, es Sartre, dentro de los autores marxistas, quien despierta mayores simpatías en Aranguren, precisamente por su ligazón con la filosofía de la temporalidad.

La huida de la retórica y la búsqueda de los marcos concretos terminaron de explicitarse en la vida y obra del autor con su entrada en el mundo anglosajón a lo largo de los años sesenta y setenta. Expulsado de su cátedra complutense por la dictadura franquista, Aranguren es contratado por la Universidad de California, ejerciendo la docencia un año en San Diego y luego, definitivamente, en Santa Bárbara. Aparte de tener la oportunidad de conocer personalmente a muchos distinguidos colegas (Marcuse, por ejemplo), en aquellas tierras su inquietud crítica diríamos que se sociologiza, al pairo de un entorno de cambio social exuberante y, también, de unas prácticas académicas poco convencionales. Aranguren pasa directamente a presenciar y protagonizar la sociedad de la comunicación sobre la que ya había escrito y, fruto de todo eso, su trabajo se encamina hacia temas candentes: feminismo, movimientos emancipadores, juventud universitaria, fascismos, formas de Estado. Si jamás fue un filósofo puro, ahora, más que nunca, podemos considerarle un gran y auténtico teórico social —teórico social más que estricto sociólogo, pero ello sin olvidar que la cátedra que desempeñó fue de Ética y Sociología, y que en toda ocasión fue fiel a tal complemento de su tarea docente.

Me importa —como en su día le importó a Ignacio Sotelo— recalcar esta genuina faceta sociológico-teórica del autor. Primero, porque puedo dar fe de su dominio de la Sociología clásica y contemporánea. Mas, fundamentalmente, porque el hilo de fondo del plan teórico arangureniano enlaza —a tenor de los puntos expuestos— con preocupaciones de la teoría de la sociedad actual del alcance de la de Anthony Giddens. Me refiero al problema, patente siempre en Aranguren, de casar el mundo de las «estructuras» con el mundo de los «actores», verdadero *experimentum crucis* en torno al cual siguen debatiendo no ya sólo los teóricos de la «estructuración» como Giddens, sino los teóricos de la acción comunicativa, los teóricos de sistemas, los teóricos de la elección racional, los teóricos de la microsociología y aun los sociobiólogos.

Maestro *sui generis*, impulsor más que troquelador de vocaciones intelectuales —su olfato le llevó a invitar a Madrid a Foucault y Bourdieu cuando apenas eran «PNN's» prometedores—, Aranguren deja tras de sí una gran onda de renovación capitaneada por su único discípulo «oficial» —Javier Muguerza— y poblada por tantísimos seguidores y discípulos «oficiosos», entre los cuales me incluyo. Sus últimas reflexiones escritas le llevaron a meditar sobre su lugar de origen —Ávila— y su condición de persona consciente pero no proyectivamente anciana. El principio y el fin se asieron en páginas distintas, si bien engarzadas por la lucidez, la lozanía y la iconoclastia. Esa fue su postrera lección, dada en consonancia con el testimonio de toda una vida.

Sí, topamos con la vida, la razón más alta que Aranguren invocó. Con Nietzsche, él solía repetir: «¿es esto la vida? ¡Pues que vuelva otra vez!». Así habrá de ser, en efecto, aun cuando su persona concreta no regresará. A cambio, lo que no se irá serán su recuerdo y su estímulo. Me veo, por tanto, en condiciones de exclamar, con todo mi sentido afecto, un sencillo y sincero «hasta siempre».

ESTUDIOS